Ante la inauguración de los frescos murales, ejecutados por el maestro Gregorio de la Fuente en la estación de Concepción

Por Lutgardo RIOBO PAVEZ.

El 19 de enero pasado, ante las autoridades regionales, superioridad de la Empresa de los Ferrocarriles y numerosos invitados de los círculos sociales, políticos y artísticos del país, se inauguró la lujosa sala de espera de 1.ª clase, en la estación de Concepción, cuyo interior fué ornamentado por una esplendorosa creación plástica de frescos murales, que fueron desarrollados, con maestría genial, por el joven artífice Gregorio de la Fuente.

Cuando damos el primer golpe de vista, nos subyuga de inmediato y presta, a quien la admira, fe y confianza en el porvenir de nuestra patria; pero más que todo sentimos en el interior un íntimo orgullo, al saber que tan genial obra la ha desarrollado un compatriota nuestro, con magnífica visión creadora trazando, rasgo por rasgo, la historia de Concepción, que a su vez es la historia de nuestra nación.

La pintura misma lleva el sello personalísimo de la mano ejecutante; su colorido firme e imaginativo logra, en todas sus formas, realizar la belleza de la obra; las personajas, admirablemente contruídas bajo una justa línea estética y real, existen; no hay exageraciones ni pedanterías ni deseos de imitar escuela alguna; las figuras se admiran vividas con una verosimilitud absoluta, por lo cual trataré, a grandes rasgos, de bosquejar el contenido de tan gigantesca obra, en cuya realización transcurrieron dos años y medio.

Comienza la obra mostrándonos las costumbres araucanas y desarrollando sus diversas labores: una india tejendo en su primitivo telar, un niño gastando un madero, tal vez con la pretensión de construir una arma; un alfarero dando toques a un cántaro; tras unas quillas se divisa un indio portando en sus hombros una pieza de caza; en la parte superior, a la izquierda, como en lonjananza, se divisa un cementerio araucano con fanaláncas coloridos, sin por ello alejarse de la realidad. Continúa la narración histórica, mostrándonos un centinela indio, dando con su cuerno el toque de alarma; ¡El enemigo viene, se acerca el conquistador! Ante esta alarma un toqui de magnífica musculatura, con gesto duro y decidido, llama a los suyos ordenándoles dejar las obras de paz e incitándoles para la guerra, en defensa de su suelo amenazado; a los pies de este toqui, se encuentra una india que anima a un chico lloroso haciéndole comprender, tal vez, que el hombre ha nacido para eso: luchar y defender su libertad.

Tenemos después un maravilloso cuadro épico, en el cual contemplamos la guerra sin cuartel, entre araucanos y conquistadores: la lucha es desigual; el araucano se defiende con bríos y decisión mas, a pesar de todo, puede la mayor experiencia y mejor armamento vencer a los intrépidos araucanos; y es así como vemos a ese capitán magnífico, de una intrepidez inconcebible, don Pedro de Valdivia, tratando con los indios sus condiciones de paz y seguidamente vemos el sometimiento de éstos, convirtiéndose en laboriosos labriegos y hombres útiles de aquellas épocas preñadas.

Toca su espacio a la historia de las hecatombes y tragedia, con que ha sido asolada y arrasada la gloriosa y pujante ciudad penquista: todo es destrucción, los pilares de la civilización primitiva han sido deruidos, el mar invade la ciudad, todo es desolación y muerte;

de la Fuente nos muestra entonces, en macabras alegorías, a una mujer enloquecida al lado de un niño, ambos con un rictus de desesperación atroz, luchando por salvar sus vidas. Con ellos, un caballo, noble bruto que sucumbe, fiel compañero, junto a sus amos y, en medio de un torbellino del océano, una mano emerge con el índice hacia arriba, señalando el camino de la fe y la esperanza; todo está destruído, menos nuestra fe. Volvamos a rehacernos.

Al medio, dando a la puerta principal de salida al andén, se encuentra la alegoría de una hermosa mujer con los escudos de armas de la ciudad de Concepción. Llegamos después a la época colonial, mostrándonos un puente carretero atravesado por una señorial berlina; a su lado, una pareja de guasos haziéndose las consabidas promesas de amor y, al pie de éstos, enroscado en apacible sueño, un perro, el cual es una imagen lograda en su justa realceza, con sentido iniquitable de percepción.

Entramos al siglo XIX, y el artista nos muestra el fenómeno de aquel siglo: la locomotora a vapor, la cual avanza majestuosa con su chimenea en forma de sombrero de copa, cual la usanza masculina de la época y una trompa extendida en múltiples pliegues, como abanico para darse aire contra el calor, cual si fuera una recatada dama de aquel entonces, todo representado en nuestra primera locomotora, que abrió los caminos del progreso entre Caldera y Copiapó y, seguidamente, en todo el país y a través de nuestro continente. Llegamos ahora a un cuadro, el cual creo nadie podrá pasarlo sin prestarle admiración y respeto: la faena minera, que es una captación magnífica del autor. Vemos un carro de empuje cargado de carbón, saliendo de la mina, empujado por un minero, el cual lleva reflejada en su faz la resignación y cansancio de su labor ruda y fatigosa. ¡Qué expresión de rostros! Si parece hablar y decir a quien lo contempla: ¡Mirame!... Soy el buay humano, que oro la tierra en beneficio de los demás y sólo recibo el pienso necesario para subsistir y desempeñar mi fatigosa tarea.

Y es la verdad esta concepción soberbia de Gregorio de la Fuente: es una acusación terrible para los explotadores de estos abnegados trabajadores. Al lado de este cuadro inolvidable vemos, en la parte superior, una faena textil y, abajo, una alegoría a los vendimiadores.

Cierra esta obra grandiosa un arco iris magnífico, a cuyos lados vemos una familia obrera moderna, que nos muestra el trabajador consciente de su labor, desarrollando su trabajo con justicia. Por allí, otro grupo deleitándose, después de las faenas, con el estudio, para integrarse definitivamente al progreso de la nación, esperando confiados, por medio de la cultura, un porvenir mejor. En medio del arco iris han colocado un reloj; imaginamos será quien dé la hora definitiva de liberación y justicia social, para todos los trabajadores, hasta hoy tan injustamente explotados y calumniados.

Colaboraron en esta magnífica obra Sergio Solomayor, en parte y, hasta el final, el joven artista Julio Escamzay, para quien vayan toda clase de parabienes, por tratarse de un muchacho sencillo, con el espíritu nato de un artista y en cuyo corazón puro no se alberga la envidia ni tienen cabida los halagos.